

El sacerdote en la Iglesia y la sociedad actuales

Conferencia pronunciada por

Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Obispo de Bilbao,

el 1 de marzo de 2010, a los sacerdotes de la Diócesis de Valencia,
en la Iglesia del Salvador, con motivo del Año Sacerdotal.

El sacerdote en la Iglesia y la sociedad actuales

Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Obispo de Bilbao

Con frecuencia los documentos del Magisterio describen brevemente en sus rasgos fundamentales el contexto de la vida y la misión de la Iglesia, ya que vive y cumple su misión en unas coordenadas concretas de tiempo y espacio, que por una parte no puede olvidar y por otra debe ser consciente de que son en buena medida cambiantes. Tanto el evangelizador como el destinatario de la evangelización están situados en un horizonte histórico de comprensión.

1.- Contexto cultural: Oportunidades y desafíos a la misión cristiana.

La constitución conciliar *Gaudium et spes*, o “Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual”, en coherencia con su propósito debió explicitar cómo aparecía el mundo contemporáneo de entonces; por ejemplo, en la penetrante exposición preliminar presenta algunos rasgos específicos de la “condición del hombre en el mundo de hoy” (nn. 4-10). Habla de cambios profundos, acelerados y en proceso expansivo a la humanidad entera, que debe la Iglesia escrutar e interpretar a la luz del Evangelio para cumplir más adecuadamente su misión; la humanidad actual tiene aspiraciones e interrogantes, esperanzas y temores que caracterizan su situación. Desde el principio de la misión cristiana los grandes evangelizadores estuvieron atentos al ámbito vital de los oyentes; recordemos, por ejemplo, el discurso de Pablo dirigido a los judíos en Antioquia de Pisidia (Act 13, 16-43) y el dirigido a los atenienses en el Areópago (Act 17, 22-34). Pablo conecta respectivamente con la esperanza de Israel y con la búsqueda de la humanidad; y así va a insertar el anuncio del Evangelio.

Remito ahora a algunas exhortaciones postsinodales, que recogen las reflexiones de los correspondientes Sínodos de Obispos, que han seguido la pauta del Concilio. La exhortación *Christifideles laici* (30 de dic. de 1988) tiene un apartado en la Introducción titulado “Las actuales cuestiones urgentes del mundo”, en que califica a la hora presente como “magnífica y dramática”; todos los fieles laicos están llamados a participar activa y responsablemente en la misión de la Iglesia sin desertar del tiempo actual con sus oportunidades y desafíos. Alude al secularismo y a la necesidad de lo religioso (n. 4),

caracterizando el secularismo como “verdaderamente grave”; recuerda cómo la dignidad de la persona humana es despreciada y exaltada (n. 5); cómo nuestro mundo padece la conflictividad y anhela la paz (n. 6). Frecuentemente tienen los fenómenos culturales su anverso y su reverso; abundan palabras elocuentes y al mismo tiempo acciones incoherentes.

La exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992), que trata sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, en el capítulo I subtítulo “la formación sacerdotal ante los desafíos del final del segundo milenio”, afirma entre otras cosas: Ciertamente la fisonomía esencial del sacerdote no cambia; pero la vida y el ministerio de los sacerdotes deben adaptarse a cada época y a cada ambiente (n. 5), ya que la historicidad marca profundamente a la Iglesia como pueblo peregrinante de Dios. El Evangelio, continúa la exhortación, halla hoy en las personas a quienes se anuncia esperanzas y obstáculos, aspectos de fácil contacto y otros de comprensión difícil. Todos experimentamos la necesidad de que Dios abra el corazón de la persona y las puertas al Evangelio en nuestra sociedad. Benedicto XVI en la catequesis pronunciada el día 5 de agosto de 2009, sobre el santo Cura de Ars, de cuya muerte se había cumplido el día 4 el ciento cincuenta aniversario, compara la situación de San Juan María Vianney, dominada por la “dictadura del racionalismo”-(que considera la razón como única fuente de conocimiento válido, prescindiendo de la revelación y la fe)- con la nuestra, impregnada por la “dictadura del relativismo”. En el tiempo posterior a la Revolución francesa el Cura de Ars rompió el caparazón de la irreligión y anticlericalismo a través de su comunión profunda con Jesucristo en la fe, la esperanza y la caridad, la transparente testificación personal y ministerial del Evangelio, la austeridad de vida y el amor patente a los pecadores y necesitados, como a las niñas huérfanas de la Providencia. Juan M^a. Vianney despertó a muchas personas del sopor religioso y quebrantó muchas sorderas de conveniencia. Ars se convirtió en centro de atracción y foco de luz no sólo en el entorno sino también en toda Francia y en varios países europeos. Entonces y ahora la respuesta más profunda a los interrogantes planteados a la misión cristiana la ofrecen los santos. Estos realizan la reforma que otros muchos proclaman necesaria. El contexto cultural de la Iglesia hoy es a veces inhóspito para los cristianos; sin exagerar podemos afirmar que se ha extendido como una marea ascendente una especie de ateísmo práctico existencial, hasta el punto de que “ya no hay necesidad de combatir a Dios; se piensa que basta simplemente con prescindir de El (PDV. 7). Forman parte de nues-

tro ámbito social “la disgregación de la realidad familiar y el oscurecimiento o tergiversación del verdadero significado de la sexualidad humana” (ib 7), con las consecuencias negativas en el campo de la educación de los niños, adolescentes y jóvenes. Se ha dicho, y probablemente con razón, que la revolución sexual “es la única que ha triunfado”¹. Es obvio que cuando el ambiente está fuertemente erotizado, vivir el celibato sacerdotal experimenta mayores dificultades, que sólo se superan con sobriedad corporal y humildad de espíritu, con adhesión vital a Jesucristo, con dedicación apasionada al ministerio sacerdotal. La misma exhortación alude a continuación a otro fenómeno que arrastra consigo consecuencias preocupantes; se refiere a una concepción subjetiva de la fe, que siembra desconfianza en relación con la objetividad de la doctrina cristiana e incluso con la eclesialidad de la misma fe. El subjetivismo de la fe conduce a veces a que cada cristiano se construya a su modo el cuerpo de creencias y valores morales. Manifiesta, por otra parte, cómo la verdad, la caridad, la libertad, la justicia, la paz forman un “cosmos” que si se rompe introduce en las personas una confusión desorientadora; es como si una estrella saliera de su órbita y terminara estrellándose. La verdad nos hace libres (cf. Jn 8,32), es decir, edifica la vida con acierto quien pone como cimiento la revelación de Dios en la historia y en la naturaleza. Sin Dios como creador y sin la naturaleza como su libro de sabiduría siempre abierto quedamos desnortados. Pretender invertir la aserción evangélica, afirmando que la libertad nos hace verdaderos, desconoce que sólo si la libertad respeta como previo la verdad de las cosas entonces se realiza auténticamente la persona (cf. 1 Cor 6, 12; 9,1; 10, 23; Gál 5,13). Un hombre puede libremente iniciar una vía de drogadicción; pero así no realiza la verdad de su ser sino fragua su destrucción. Hay una ley inscrita en el corazón del hombre a que debemos atenernos para no desviarnos ni perdernos. La libertad del hombre se entiende a la luz de aquello de que libera, de aquello para lo que libera y de la convivencia de la libertad de cada uno con otras personas también libres. La libertad tiene que estar iluminada por la verdad y movida por el amor; dejada sólo a su propio dinamismo puede caer en la instinto ciego o en la voluntad de poder que oprime a otros.

En la exhortación *Ecclesia in Europa*, que recoge el fruto del segundo Sínodo de Obispos para Europa (28 de junio de 2003), titulada “Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa” en una sección sobre “Retos y signos de esperanza

¹ Cf. J. M^a Uriarte, *Ser presbítero en el seno de nuestra cultura*: en: Boletín Oficial de la Diócesis de San Sebastián (2009), p. 667.

para la Iglesia en Europa” da unas pinceladas sobre el oscurecimiento, la nostalgia y los signos de esperanza, que merecen ser meditados detenidamente para beneficiarnos del diagnóstico de la Asamblea sinodal. En este ámbito estamos inmersos también nosotros como necesitados de evangelización y como ministros del Evangelio. Deben ser pensadas las siguientes palabras de la exhortación: “En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo”. Producen temblor estas palabras: “La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” “De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno” (n. 9).

Con las referencias anteriores a documentos del Magisterio de la Iglesia he querido sugerir al menos el contexto cultural dentro del cual nos movemos actualmente los sacerdotes en nuestras latitudes. Es conveniente que los rasgos, a que yo he aludido y otros que podrían explicitarse, sean percibidos desde la perspectiva pastoral, sin dejar de atenernos a la cultura ambiente. Leemos la realidad como pastores y en orden a la misión encomendada por el Señor y la Iglesia. Invito a todos a reflexionar sobre el ejercicio de nuestro ministerio, haciendo emerger de nuestra experiencia pastoral las dificultades y desafíos que sentimos unos quizá más tradicionales y arraigados y otros sin precedentes tanto en la proporción de su incidencia como en su gravedad.

Ante todo miremos a los hombres de nuestro tiempo, o mejor pidamos la gracia de mirarlos con los ojos compasivos de Dios; esta forma de contemplar a nuestra generación nos sitúa en la onda pastoral, y debe liberarnos tanto de actitudes derrotistas como de apresuramientos agitados. Dios ha enviado por amor a su Hijo al mundo y su entrega se extiende a la humanidad de nuestro tiempo, también a esta vieja Europa, que se resiste a rememorar su pasado, a asumir su historia y sin referentes luminosos camina como a la deriva. ¿Por qué dilapidamos y rechazamos una herencia tan valiosa? No estamos dejados de la mano de Dios. “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en El, no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Sintonzar con el corazón de Dios genera siempre esperanza. La humanidad puede continuar su camino contando con la oferta de la gracia de Dios y agarrada por la mano invisible de su providencia. Dios no se arrepiente de sus dones (cf. Rom 11,1 ss.), ni ha revocado

su promesa. En Jesucristo ha sellado con la humanidad una alianza indeleble y ha pronunciado un sí irrevocable de amor fiel. El Señor no ha desamparado a sus discípulos, aunque arrecia el viento del mar contra la barca. En las pruebas acompaña con cuidado particular a la Iglesia.

Para redimensionar las cosas y disponer de unas medidas más adecuadas es útil la consideración de la historia de la Iglesia, que desde hace siglos viene peregrinando “en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios². También nos ayuda a situarnos con mayor serenidad al escuchar a otros hermanos en la fe y en el ministerio. Cuanto más complicado sea el discernimiento con tanta mayor docilidad debemos buscar unidos y comunicarnos mutuamente la luz percibida. Las siguientes palabras de la Conferencia Episcopal Francesa iluminan nuestro diagnóstico: “La crisis por la que atraviesa hoy la Iglesia se debe en buena medida a la repercusión, en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros, de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos, profundos y de dimensiones mundiales”³. Las situaciones de transición, y particularmente cuando los cambios son rápidos, profundos y amplios, producen en las personas malestar, desarraigo, inseguridad, zozobra, incertidumbre; son pruebas que cuestionan particularmente a la esperanza y la fidelidad. El sacerdote puede sentirse como desconcertado y defraudado por haber gastado la vida muchos años y a partir de un determinado tiempo sin haber cambiado él no acierta en sus habituales trabajos y sufre el acoso de la infecundidad. Puede estar como en tierra de nadie, sintiéndose por una parte extraño en el mundo y por otra padeciendo el silencio de Dios. Sin haber cambiado él en sus actitudes, está como desplazado; sin motivos, al menos conocidos por él, no lo entienden y lo escuchan poco; las personas, sobre toda las nuevas generaciones, o se incorporan poco o desertan de la participación en la vida de la Iglesia y en las asambleas dominicales. La inquietud aumenta, porque lo que suponíamos que sería transitorio se prolonga sin perspectivas de retorno.

² *Lumen gentium* 8.

³ Carta *Proponer la fe en la sociedad actual*, en: *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto* (ed. D. Martínez, P. González y J. L. Saborido), Santander 2005, p. 46): No nos culpabilicemos echándonos encima una responsabilidad que no es ante todo nuestra; hagamos con diligencia “lo poco que está en nosotros” (Sta. Teresa de Jesús). Sobre la relación entre fe cristiana, teología y cultura, autoridad política y autoridad eclesial, ordenamiento jurídico de la sociedad y acción pastoral de la Iglesia, puede verse O. González de Cardedal, *Medio siglo de Iglesia en España, 1959-2009. Hechos. Problemas. Tareas*, en: *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* n° 86 (2009), pp. 499-541.

A continuación quiero detenerme en la misión del sacerdote frente al enfriamiento religioso de la sociedad; y en la misión del sacerdote en la dimensión humanizadora de su ministerio.

2.- El sacerdote en una cultura impregnada de indiferencia religiosa.

Las expresiones para designar la preterición, olvido, marginación y desalojo de Dios de nuestra cultura, de las vigencias sociales públicas y de la legislación, del alma de muchos conciudadanos y la tentación de desatenderlo nosotros mismos, son numerosas: Desbordamiento de la secularidad hacia el secularismo y de la laicidad hacia el laicismo, eclipse de Dios, silencio y ausencia de Dios, agnosticismo, indiferencia religiosa, alergia y aversión hacia lo religioso, increencia, ateísmo; este fenómeno complejo puede acontecer por dejadez o con agresividad, por descuido intencionado o con resentimiento. El término del rechazo puede ser Dios como cifra y corazón del mundo religioso, las religiones como tales, el cristianismo en general o en concreto la Iglesia católica. La Iglesia tiene rostros muy amables a la sociedad, como Cáritas, Manos Unidas, atención a enfermos del sida, misiones etc.; y en ocasiones presenta una imagen más adusta. Ante lo que está aconteciendo, los cristianos debemos preguntarnos: ¿Resulta la Iglesia antipática a veces por nuestra forma de actuar, por el contenido de su misión que es al mismo tiempo salvífico y exigente, porque muchos quieren presentarla como desfasada e intransigente, para desacreditarla y debilitar su influencia social, porque se ha extendido como una moda fácil y en ocasiones hasta jaleada el denostarla? Esta situación suscita muchas preguntas y elementos de respuesta; al tiempo que tienen lugar estos distanciamientos con o sin rencor, existe también un “despertar religioso” poco concreto, que proviene de una nostalgia imborrable o emite una advertencia a no perder algo vital. Podemos comprender que a muchas personas puede desconcertar el progreso que atribuye a causas segundas lo que antes se invocaba de Dios; el ateísmo como fenómeno actualmente de masas y no sólo como en otras épocas de algunas personas se convierte en una tentación más insistente; el ateísmo es en ocasiones reactivo debido a la imagen deteriorada de Dios que emiten los creyentes⁴. Actualmente la pregunta bíblica “¿dónde está tu Dios?” tiene calado existencial en muchas personas en forma de duda no pasajera, de sensación de ausencia de Dios, de convicciones como agujereadas por los interrogantes que dificultan vivir con gozo la fe en Dios y hablar de El con entusiasmo. La

⁴ Cf. *Gaudium et spes*, 19.

Iglesia debe ser, en la noche del mundo, como vigilante que vive con la seguridad de que “Dios es, era y vendrá” (Apc 1,8.).

Asistimos no sólo a una marea secularizadora con dolorosas repercusiones personales sino también a una purificación de la fe resultado de crisis padecidas y superadas, y que se traduce en actitudes adultas y serenas en muchos cristianos, radicados en Dios de forma humilde, paciente, esperanzada, eclesial, apostólica. Quizá han experimentado a su modo lo que Tolstoi escribió: Cuando alguien en una cultura primitiva pierde la fe en su dios de madera, esto no significa que Dios no exista sino que no es de madera. ¿Qué imagen de Dios desaparece? ¿Qué imagen de Dios ha muerto? A muchos la crisis actual les está ayudando a madurar y a comprender que la realidad del Dios santo está más allá de las palabras y de las imágenes que forjamos de El, que Dios siempre es mayor, es más, está más alto y al mismo tiempo más dentro, que Dios es invisible y no está a nuestra disposición para ser manipulado⁵.

En el reciente terremoto de Haití junto a la catedral en ruinas se mantuvo enhiesta una cruz con el crucificado (¿por casualidad? ¿una llamada al misterio? ¿ancla de salvación en aquel vasto océano de desesperanza?). Podemos comprender la cruz erguida en medio de aquella inmensa devastación como blanco de nuestras innumerables preguntas; con el alma lacerada y abrumada podemos preguntar: Señor, ¿por qué tanta muerte, tanto dolor, tanta destrucción?; como centro de las miradas a través de las cuales se asoma el corazón pidiendo fuerza y clemencia; como memoria del amor inconmesurable de Jesús crucificado por nosotros; como signo en el misterio del amor Dios al mundo; como expresión de solidaridad del Hijo de Dios encarnado, débil y sufriente entre tantos muertos y heridos. Con palabras del Papa: “El verdadero concepto de omnipotencia que se manifiesta en Cristo es amar hasta el punto de que Dios puede sufrir con nosotros”. El verdadero Dios es amor y poder del amor. Quizá en el silencio y la adoración humilde de Dios, respetando su santidad y misterio que siempre nos desborda, percibimos el

⁵ Cf.. S. del Cura, *Dios como “sujeto” de la teología: su relevancia en una cultura postcristiana y postsecular*, en: Lumen LVIII/4 p. 405: «El deseo espiritual de “siempre más” se integra en la esperanza escatológica del “todavía no” y halla su correspondencia en la realidad de un Dios “siempre mayor”». Se comprende entonces cómo el conocimiento y la experiencia de Dios estén habitados por un dinamismo creciente; el deseo insaciable del hombre, la esperanza escatológica de la plenitud y la búsqueda del Dios verdadero están en íntima conexión. No podemos creer en un dios que abarcamos y dominamos; ya que eso no es fe sino idolatría.

susurro de la respuesta a tantas preguntas como formulamos en presencia de tamaña tragedia.

Desde hace tiempo venimos hablando de “secularización interna” de la Iglesia, es decir, que la secularización no es sólo un fenómeno cultural sino también nos afecta a nosotros. En dos Planes sucesivos de pastoral de la Conferencia Episcopal Española (en el de 2002-2005 y en el de 2006-2010) se hace referencia a esta cuestión. “El problema de fondo, al que la pastoral de futuro tiene que prestar máxima atención, es la *secularización interna*. La cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentra tanto en la sociedad o en la cultura ambiente como en su propio interior; es un problema de casa y no sólo de fuera”⁶ Demasiadas veces al informar sobre la Iglesia muchos medios de comunicación dan la impresión de que a sus destinatarios sólo les interesan los aspectos culturales, sociales, políticos, polémicos y morbosos; en cambio, se ponen puntos suspensivos o paréntesis cuando habla la Iglesia sobre su fe, sus cimientos trascendentes, su esperanza que va más allá de los límites históricos. Es verdad que aunque esta suposición funciona de ordinario, de vez en cuando el interés suscido por los contenidos religiosos la niega clamorosamente. Si las fibras íntimas de la Iglesia pierden vibración y vitalidad por influjo de la secularización, se hace difícil la transmisión de la fe, la llamada al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa, al matrimonio cristiano y la familia fundada en él, a las misiones o al servicio evangélico de los necesitados. Sin vigor interior sobreviene el marasmo y el desistimiento de los evangelizadores. En el Plan Pastoral de la Conferencia para los años 2006-2010 se incide de nuevo en el “humanismo inmanentista” (vivir la existencia como una realidad sólo cismundana) y en la “secularización interna de la Iglesia, con las mismas palabras del Plan anterior (n. 4). Esta impregnación secularizadora es como un vaciamiento de enjundía, y como una enfermedad, como el llamado “mal de los naranjos”, que debilita todo y convierte todo en triste y lacio, y que afecta a la Iglesia en sus raíces y sus frutos; limita sustancialmente su fecundidad. Más aún, llevada la secularización a sus consecuencias, perdería su sentido y la haría superflua.

Ya la encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) delataba una reducción a las dimensiones intramundanas de la salvación cristiana: «La tentación actual es

⁶ Plan Pastoral de 2002-2005, n. 10. Antes había hablado de cómo la cultura occidental camina hacia un *humanismo inmanentista* (n. 7-8).

la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado se ha dado una “gradual secularización de la salvación”, debido a lo cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero del hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal»⁷. La persona necesita pan, techo, cuidado de la salud, ya que el hombre es cuerpo; necesita, además, atención, compañía, amor, ya que es también corazón. Y necesita particularmente cultivo de la fe y la oración, perdón de los pecados, amor de Dios, esperanza más allá de la muerte, ya que el hombre es también alma y espíritu. ¿Entran en los valores que se quieren promover en la educación, por ejemplo, la fe en Dios, la esperanza en la Vida eterna, la entrega a fondo perdido a los demás alentada por el amor gratuito y precedente de Dios. ¿Qué lugar ocupa la salvación escatológica -no simplemente el refuerzo desde la fe de los valores de la justicia, la solidaridad, la libertad, la paz- en nuestra predicación y trabajos apostólicos?

El Concilio Vaticano II reconoció una justa autonomía de las realidades terrenas, en el sentido de que las cosas creadas y la misma sociedad gozan de leyes y valores propios que el hombre debe descubrir, emplear y ordenar; esta legítima autonomía responde a la voluntad del Creador. “Pero si con las palabras *autonomía de las realidades temporales* se entiende que las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede utilizarlas sin referirlas al Creador, todo el que conoce a Dios siente hasta qué punto son falsas las opiniones de este tipo. Pues sin el Creador la criatura se diluye”⁸.

⁷ N. 11 Cf. *Ecclesia in Europa*, n. 10. J. Marías, *La perspectiva cristiana*, Madrid 1999, p. 111: «Al cristiano le deben interesar y preocupar *todos* los hombres, amenazados por diversos males, desde el pecado hasta la soledad, la tristeza, la enfermedad, la vejez, la muerte, lo que afecta a todos. Es un extraño “materialismo” el considerar que los únicos males son los económicos, y si éstos no cuentan se puede uno desentender de los prójimos. Acaso la infidelidad más grave es la que tiene mayor actualidad en nuestro tiempo: el olvido de la *otra vida*, la atenuación de la perspectiva de la muerte y la perduración de la vida personal. Para muchos, hoy lo cismundano es el único horizonte». P. 76: En los últimos tiempos «se ha ido omitiendo toda referencia al riesgo de condenación, hasta su casi desaparición. Ha parecido de “mala educación” toda mención a ello. Pues bien, la desaparición de ese horizonte dramático, de la convicción de que está en juego la totalidad del destino personal, ha atenuado increíblemente la expectativa de la vida perdurable, ha hecho que innumerables personas de nuestro tiempo se desentiendan de todo ello y admitan, sin dificultad, que con la muerte biológica baje el telón y se elimine toda cuestión ulterior»

⁸ *Gaudium et spes* 36. “Junto a la necesaria clarificación y diferencia de órdenes autónomos de la realidad, como la ciencia, la ética, la política y la religión –y en este sentido son legítimas una secularización y laicidad- ha tenido lugar algo mucho más profundo y grave: La lenta *secularización de las conciencias*, es decir, la pérdida de la referencia a Dios como origen, fundamento y sentido de la vida humana, la perplejidad ante las cuestiones últimas y la relegación de la verdad moral, con el plegamiento a situaciones de poder político o de mera situación establecida” (O. González de Cardedal, a.c.p. 521).

El Papa Benedicto XVI, que otea como un vigía los movimientos de la cultura, enseña con la hondura del teólogo maestro y orienta en cuanto Pastor de la Iglesia universal ha insistido en el reconocimiento de la realidad de Dios como prioridad absoluta para la Iglesia y el mundo. En el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrado en el Santuario de Nuestra Señora Aparecida (Brasil), dijo el día 13 de mayo de 2007, poniendo a rendir los diversos dones que ha recibido para servicio de todos: «Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad”, y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. La primera afirmación fundamental es la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano». Iglesia, ¿qué dices de Dios? ¿Hay noticias de Dios? ¿Asimilamos nuestro discurso cristiano al de la cultura ambiente, con las “autocensuras” que nos imponga, aunque posea una calidad antropológica más sensible, personalizada, cercana al sufrimiento, y atenta no sólo al tener y al poder, a lo útil y funcional, sino también al ser y al corazón? ¡No identifiquemos un discurso sobre lo humanamente fino con un discurso sobre lo gratuitamente sobrenatural!

Fue singular por la humildad, el admirable sentido de la comunión de la Iglesia y de la colegialidad episcopal, usando un género literario del que yo no conozco precedentes, la Carta de Benedicto XVI a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la remisión de la excomunión a los cuatro Obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre, fechada el día 10 de marzo de 2009. La situación creada por la confluencia de diversos factores era muy delicada. El Papa había asumido la generosa y valiente iniciativa de levantar la excomunión a los Obispos ordenados ilícitamente, haciendo todo lo que estaba en su mano para allanar el camino al diálogo que llevara a la plena comunión de los cuatro Obispos, que presiden un número considerable de sacerdotes, religiosos y seculares, con el Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal; por otra parte, uno de los Obispos, con increíble desconocimiento de la historia, se había atrevido a negar el holocausto judío en tiempos del nazismo; a estos factores se añadió la falta de información adecuada y la escasa coordinación en la Santa Sede de los aspectos de la actuación en curso; todos estos factores, que se había mezclado y agitado, ocasionaron tal desconcierto y crítica dentro y fuera de la Iglesia que el Papa creyó oportuno intervenir extraordinariamente. Pues bien, en esa impresionante Carta a los Obispos, que recuerda la justificación de Pedro por haber entrado en casa de un centurión romano y habar bautizado a

personas procedentes del paganismo (cf. Act 10-11), explica el Papa los motivos y el alcance de su actuación; en ella escribe unas palabras luminosas y muy pertinentes para lo que estamos tratando. “En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un Dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado al extremo en Jesucristo crucificado y resucitado (cf. Jn 13,1). El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto”. Como la unidad de los cristianos acredita la predicación del Evangelio por parte de la Iglesia para que el mundo crea (cf. Jn 17,21), se comprende en el horizonte actual de olvido de Dios la conexión entre los trabajos a favor de la plena comunión de los discípulos de Jesús y el cumplimiento de la misión, que en definitiva consiste en el reconocimiento de Dios por la fe y la vida cristiana. La prioridad pastoral básica en la misión del sacerdote es, consiguientemente, anunciar y proponer la fe en Dios Padre, revelado y comunicado por Jesucristo en el Espíritu Santo.

Las tareas pastorales, que nos hemos prefijado en los sucesivos Planes diocesanos de actuación apostólica, nos han mostrado poco a poco dónde está la necesidad primordial y la urgencia inaplazable en la misión de la Iglesia en nuestra situación. El discurrir del tiempo y los desafíos del mundo nos han conducido a lo nuclear de la fe cristiana. Probablemente en nuestros discernimientos diocesanos hemos descubierto que debemos cambiar de escala en el mapa de la Iglesia en la sociedad. Comprendemos de nuevo con una incidencia inusitada las expresiones bíblicas del “resto”, el “pequeño rebaño”, la “levadura”, la “sal” y la “luz”, la “semilla” de mostaza, el “signo” levantado en medio de las naciones etc. Debemos subrayar lo central y fundamental, de modo sencillo y cercano, y poniendo la confianza en el Señor que nos envía y nos invita a no tener miedo. Aunque atravesemos valles de tinieblas, no temamos ya que Dios mismo es nuestro pastor (cf. Sal 23) y es la roca firme en quien depositar la fe y la confianza (cf. Is 7,9; 28, 16; 30, 15; Ef 2,20; 1 Ped 2,6). Nuestra seguridad consiste en confiar en Dios. Es tiempo de oración intensa, de particular ejercitación de la fe y la esperanza, de búsqueda en comunión de los signos de Dios, de vigilar para descubrir por dónde viene la luz.

En algunas intervenciones de los últimos meses ha orientado el Papa también la atención de la Iglesia a quienes utilizando la expresión de uno de los espacios que formaban el conjunto del templo de Jerusalén, están en el “atrio de los gentiles”, al que tenían acceso todos los pueblos, es decir, a quienes buscan al “Dios desconocido” (Act 17,23) y añoran el sentido último de la vida en conexión con El, pero no se reconocen todavía como creyentes.

Fueron significativas las siguientes palabras del Papa en el discurso a la Curia Romana recordando su viaje a la República Checa, muy secularizada, (21 de diciembre de 2009): “Considero importante el hecho de que también las personas que se declaran agnósticas o ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes. Cuando hablamos de nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y voluntad. Pero la cuestión sobre Dios sigue estando también en ellos, aunque no pueden creer en concreto que Dios se ocupe de nosotros. En París hablé de la búsqueda de Dios como motivo fundamental del que nació el monacato occidental y, con él, la cultura occidental. Como primer paso de la evangelización debemos tratar de mantener viva esta búsqueda de Dios; debemos preocuparnos de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de que acepte esta cuestión y la nostalgia que en ella se esconde”. Conecta el papa esta valiosa indicación pastoral con Mc 11,17, “Mi casa será casa de oración para todos los pueblos” (cf. Is 56,7) y con la inscripción de un altar al “Dios desconocido”, que Pablo encontró en Atenas (cf. Act 17,23). “Debían poder rezar al Dios desconocido y, sin embargo, estar así en relación con el Dios verdadero, aún en medio de oscuridades de diversas clases. Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “atrio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso al misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia”. Es una propuesta nueva que invita de manera original al diálogo con los no creyentes, a ir al encuentro de sus inquietudes religiosas, que son apreciadas como una puerta abierta al misterio de Dios. Termina el discurso aludiendo al Año Sacerdotal: “Como sacerdotes estamos a disposición de todos: De quienes conocen a Dios de cerca y de aquellos para quienes El es el Desconocido... ¿Cómo podríamos llegar a conocer a Dios si no es a través de hombres que son amigos de Dios? El núcleo más profundo de

nuestro ministerio sacerdotal es ser amigos de Cristo (cf. Jn 15,15), amigos de Dios, por cuya mediación también otras personas puedan encontrar la cercanía de Dios”.⁹

Juan Pablo II ha contado confidencialmente la impresión que le produjo la visita a Ars en octubre de 1947. Fue, dice, una experiencia inolvidable. En el santo Cura de Ars se revela la potencia de la gracia en medios humanos pobres. Especialmente el servicio del confesonario le impactó en lo más hondo. “Sobre el trasfondo de la laicización y anticlericalismo del siglo XIX, su testimonio constituye un acontecimiento verdaderamente revolucionario”¹⁰. Juan M^a Vianney, con su testimonio de una elocuencia irresistible, quebrantó la sordera de muchas personas cerradas a la voz de Dios y se interpuso eficazmente con su vida entera impidiendo el confinamiento de Dios al margen de la historia de los hombres. Con su mirada y palabra penetrantes descubrió las trampas que a veces le tendían para ridiculizarlo personalmente y desacreditar su profecía vibrante sobre el amor de Dios. Siendo rostro del Buen Pastor abrió a la misericordia de Dios el corazón de muchos hombres y mujeres anegados en su miseria. El P. Elías Royón, presidente de la Conferencia nacional, ha afirmado en el contexto del Día de la Vida Consagrada: “Lo que más me impresiona y preocupa es el clima cultural, cada vez más presente en nuestra sociedad, que expulsa a las orillas a Dios y lo religioso, el deterioro de las familias, el continuo alejamiento de los jóvenes de la fe y su indiferencia creciente ante la Iglesia”¹¹

¿Qué respuestas, inspiradas por qué actitud, pide de nosotros sacerdotes el desafío radical, grave y urgente que nos plantea la indiferencia, el olvido, la exclusión o el rechazo de Dios? Como este emplazamiento es una novedad en nuestra acción pastoral, debemos discernirlo escuchándonos unos a otros, compartiendo tanteos y experiencias,

⁹ Resuena esta inquietud pastoral del Papa en el discurso dirigido a la comunidad judía en la sinagoga de Roma el día 17 de enero de 2010: El Decálogo, «las “Diez Palabras” exigen reconocer al único Señor, superando la tentación de construirse otros ídolos, de hacerse becerros de oro. En nuestro mundo, muchos no conocen a Dios o lo consideran superfluo, sin relevancia para la vida; así, se han fabricado otros dioses nuevos ante los que se postra el hombre. Despertar en nuestra sociedad la apertura a la dimensión trascendente, dar testimonio del único Dios es un servicio precioso que judíos y cristianos pueden y deben prestar juntos”. Las mismas “Diez Palabras” exigen respeto y protección de la vida humana contra toda injusticia y abuso, reconociendo el valor de toda persona creada a imagen de Dios. También en esta causa sagrada, del respeto del hombre en todas las etapas de la vida, pueden y deben estar juntos quienes escuchan la misma Palabra de Dios.

¹⁰ A. Monnin, *Il curato d’Ars San Giovanni Maria Vianney*, Pesaro 2009, p. 8. La edición original es del 1861, dos años después de la muerte del Cura de Ars, a quien había conocido y tratado el autor.

¹¹ Revista Ecclesia, n° 3.503 (30 de enero de 2010), p. 142.

solicitando la luz de lo alto. Hago a continuación algunas sugerencias que me parecen básicas.

- a) Esta situación nos invita a revisar nuestra conducta, nuestras *imágenes de Dios* y nuestro discurso sobre El. Con la crisis puede estar en cuestión el “Dios de madera”, que decía Tolstoi a propósito de la religiosidad de algunos hombres primitivos, pero no Dios mismo¹². La sinceridad de corazón y la fraternidad entre los hombres son dos criterios que verifican la autenticidad del Dios cristiano. (cf. Jn 13-34-35; 1 Jn 2,8; 4,20-21; Mc 7, 1-23). También de los cristianos puede decirse: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29,13; Mc 7,6). El progreso de las ciencias nos puede ayudar en la purificación de las imágenes arcaicas de Dios, ya que la fe y la razón son como las alas con que podemos levantar el vuelo del conocimiento..

- b) Los cristianos estamos llamados a *hablar evangélicamente de Dios*, como Jesús nos enseñó, es decir, presentándolo como Creador y como Padre, como Amigo de los hombres y Misericordia sin límites particularmente con los pecadores, los pobres y los débiles. La palabra Evangelio significa Buena Nueva, porque de Dios tenemos noticias y son buenas; los cristianos no somos unos resentidos ni estamos hastiados de la vida, que nos desfogamos amenazando a derecha e izquierda, arriba y abajo. ¡Que el Evangelio no sea sólo verbalizado sino también respaldado por las obras y la vida! Con humildad confesamos que hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El (cf. 1 Jn 4,16). ¡Que nuestra predicación esté impregnada por la gratitud de quien ha conocido el amor de Dios revelado en Jesucristo, que nos urge a hacer partícipes a otros de esta dicha! (cf. 2 Cor 5,14). Anunciar que Dios es bueno no equivale a mostrar a un dios bonachón e indolente, sino al Dios que sufre con nuestras desgracias y es celoso de nuestra salvación, ya que la magnitud de la gracia se mide también por la profundidad del abismo de que nos libera. El amor auténtico queda afectado por la suerte de la persona amada.

¹² “El ateísmo, considerado en su integridad, no es un fenómeno originario, sino más bien un fenómeno surgido de diferentes causas, entre las que se encuentra también una reacción crítica contra las religiones y ciertamente, en no pocos países contra la religión cristiana” (*Gaudium et spes* 19).

- c) Necesitamos descubrir con renovada convicción la primacía de la gracia de Dios. Si su Espíritu no abre las puertas al Evangelio en la sociedad y particularmente en el corazón de las personas, por nuestra cuenta somos radicalmente incapaces para abrirlas. Por otra parte nunca podemos forzar las puertas de la conciencia de nadie. Nosotros llamamos, invitamos y esperamos a que la respuesta a la gracia de Dios descorra los cerrojos del corazón. El éxito de nuestra acción pastoral y la fecundidad de los trabajos por el Evangelio no depende de nuestras fuerzas, ni de nuestra sabiduría y habilidad. A la primacía de la gracia corresponde la prioridad de la *oración*, conscientes de nuestra debilidad y confiados en el poder de Dios. Seguramente tendremos que decir muchas veces, como Pedro: «”Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada” (Lc 5,5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *Duc in altum!*»¹³.
- d) No basta hablar de Dios como objeto de estudio en cuanto maestros en filosofía y teología, y menos aún como administradores de lo sagrado. Nuestro discurso sobre Dios, que no sólo es la misma Verdad sino también el Amor, que es nuestro Origen y Meta, a quien estamos referidos con la mente, con el corazón y la existencia entera, debe transparentar la vivencia personal, para que así se convierta en incisiva llamada, en invitación interpeladora y en fuerza atractiva. Sólo siendo *testigos*, que hablan de lo que han experimentado ya y de lo que esperan recibir como plenitud, pueden iniciar y acompañar en el conocimiento, en la relación personal y en el amor de Dios. A veces nos quedamos como en los aledaños que constituyen los análisis, las reflexiones, programaciones y actuaciones pastorales sin entrar en el centro que es la fe en Dios. El Cura de Ars, en cambio, hablaba de Dios sin retóricas, en directo, como Fuente clara de su vida pastoral, de su oración, de su austeridad, del discernimiento penetrante y del sabio consejo evangélico, del cuidado de los pobres en definitiva como Origen cotidiano de su existencia total. Debemos desenmascarar las imágenes falsas, interesadas y a veces oprimentes de Dios; pero hay que transmitir primordialmente con la palabra cordial y con la cercanía acogedora la Imagen salvadora de Dios.

¹³ *Novo millennio ineunte*, 39.

e) La imagen más luminosa de Dios son los *santos*, son los espejos en que se refleja con mayor claridad el Evangelio, su poder de salvación y humanización. Los santos son el fruto más precioso del poder del Espíritu Santo en la Iglesia para alabanza de la gracia de Dios y servicio de la humanidad que necesita en su itinerario referentes cercanos. La fe manifestada en el amor y la entrega generosa de la propia vida al servicio de los demás hasta la muerte hace de los santos la más elocuente acreditación del Evangelio. Donde surgen personas como el P. Damián, apóstol de los leprosos, o Santa Teresa de Jesús Jornet, o la M. Teresa de Calcuta, o el Hno. Rafael, que a la sombra de la cruz y reconociendo a Dios solo como el hontanar de su vida fue feliz, es una tierra extraordinariamente fértil. Pues bien, la palabra de los cristianos sobre Dios a través de los santos pasa de ser un bello ideal a convertirse en una realidad concreta y estimulante. Necesitamos recordar a los sacerdotes, más distantes o menos en el tiempo, más próximos o alejados en el espacio, que ejercieron santamente el ministerio sacerdotal, identificando persona y misión de manera íntima y transparente; ha habido innumerables sacerdotes ejemplares en la historia y hay actualmente muchos. Ellos nos enseñan con su vida, sostenida por la tensión a la santidad y a la perfección de la caridad pastoral, cómo hablar de Dios. También los cristianos, que con sencillez y autenticidad siguen a Jesucristo en la vida cotidiana, reverberan el Evangelio y emiten señales de Dios.

3.- El sacerdote “hombre para los demás” en cuanto ministro de Jesucristo.

El sacerdote está llamado a sintonizar con el corazón manso y humilde de Jesús (cf. Mt 11, 28-30), que definió su misión como el enviado por Dios Padre para servir, curar a los heridos de la vida, aligerar el peso de la existencia, liberar a los oprimidos, dar la vista a los ciegos, defender a los débiles, identificarse con la causa de los necesitados, perdonar a los pecadores, entregar la vida por la humanidad (cf. Mc 10, 44-45); Jn 13,12; Lc 4,18-19; Mt 25,40). El sacerdote está llamado a contemplar a la humanidad con la mirada compasiva de Jesús y a actuar en consecuencia (cf. Mt 9,36-38). Aunque haya motivos más que sobrados para encerrarnos en nosotros mismos y nuestros intereses, debemos difundir el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu

Santo (cf. Rom 5,5), venciendo el mal con el bien, el egoísmo con la generosidad (cf. Rom 12,21). El Espíritu de Dios es siempre creador y vivificador. Los ministros de Jesucristo no somos profetas de desventuras sino mensajeros del Evangelio. Estamos llamados a testificar el amor de Dios y no su ira. ¿No es por este motivo que suprimió Jesús en el anuncio programático de Nazaret las palabras del profeta Isaías referentes al “día de la venganza de nuestro Dios”? (cf. Lc 4,19; Is 61, 2b). “Jesús ha descartado de la expectación mesiánica las ideas nacionales de venganza”. Esto dejó a los paisanos de Jesús más que admirados indignados. “Es el anuncio del Evangelio lo que suscita su irritación, y en particular el hecho de que Jesús haya suprimido del cuadro de los días futuros la venganza contra los paganos”. “¡Bienaventurado el que no se escandalice de que el tiempo de salvación tenga otro aspecto del que creía y esperaba, ni de que en lugar de la venganza de Dios se manifiesta su gracia misericordiosa hacia los pobres!”¹⁴.

Esta postura de Jesús no refleja el desconocimiento ingenuo de la realidad de los hombres, sino la originalidad del Evangelio de Dios, ya que Dios es así y Dios actúa así. Dios es bueno con una bondad que escandaliza a quienes se creen buenos. Jesús es el ministro del Evangelio, con sus palabras, gestos y total presencia, ya que actúa tendiendo la mano a los postrados en el camino y ofreciendo el perdón de Dios a los pecadores. En primer plano está el anuncio de la salvación; y sólo en el reverso acompaña como una sombra la denuncia, la advertencia ante el riesgo de perdición (cf. Lc 6,20-26). La salvación anunciada por Jesús es don de Dios que se ofrece gratuitamente al hombre; la salvación es gratuita pero no automática ya que el hombre es libre. En la respuesta al Evangelio de Jesús está en juego la suerte definitiva del hombre, cuyo dramatismo no podemos edulcorar ni convertir la misericordia infinita de Dios en refugio de nuestro desinterés y en seguro de una salvación mecánica. Parece que con la gradual secularización de la salvación, a que me referí arriba, se ha unido la depreciación de la vida del hombre, que pierde el valor de lo único, irrepetible y decisivo, para reducirla a los valores cismundanos y excluir o por la bondad de Dios imaginada a nuestro modo o por la deficiente libertad del hombre la posibilidad de perdición como principio. Pero el *ke-rigma* desde el origen incluyó la gracia de la salvación y la liberación de la ira venidera (cf. 1 Tes 1,9-10).

¹⁴ J. Jeremías, *La promesa de Jesús para los paganos*, Madrid 1974, pp. 61-65. Id. *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca 1974, p. 242.

A esta luz se debe mirar y con estas dimensiones se debe medir la misión de la Iglesia, y en concreto la del sacerdote. La existencia de Jesús se ha caracterizado como “proexistencia”, es decir, como vida a favor de los demás, como sacrificado servicio y autoentrega. En esta línea se sitúa el sacerdote, instrumento personal de la salvación de Dios en Jesucristo. Ni la Iglesia es una ONG de servicios sociales, ni el sacerdote es representante y gerente de ese tipo de organización benéfica y promocional. Jesús fue el “hombre para los demás” porque fue el Hijo de Dios; y el sacerdote es “hombre para los demás”, en cuanto ministro de Jesucristo y de la Iglesia. La causa del hombre, consiguientemente, es contenido de nuestro ministerio; nada de lo que el hombre vive, espera, sufre nos es ajeno. Las causas de la justicia, de la solidaridad, del amor, de la paz, de la libertad son también quehacer nuestro. La defensa y el respeto de los derechos fundamentales del hombre entran también en el campo de la misión de la Iglesia. Estamos implicados también en la defensa de la vida humana desde su amanecer hasta el ocaso, en todas las etapas y circunstancias de la vida. Acercarnos como buenos samaritanos a los heridos de la vida derramando en sus llagas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza es también encargo del Señor a sus ministros sacerdotes (cf. Lc 10,25-37).

La participación en la vida social y comunitaria, que constituye una de las grandes aspiraciones de nuestra cultura, es apoyada por la Iglesia¹⁵. Más aún, la Iglesia quiere ser “escuela y casa de comunión”, fortaleciendo así desde sus propias raíces comunitarias la dimensión solidaria de la sociedad. “Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: Este es el gran desafío que tenemos nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo”¹⁶. La proximidad afable, servicial y efectiva al lado de quienes sufren en su cuerpo y en su espíritu abre el corazón de la persona bien tratada para escuchar el mensaje de quien ama no sólo de palabra sino también con obras (1 Jn 3,18). El amor verdadero a las personas abre la puerta y el camino para ir hacia Dios.

Dios y el hombre son misterios comunicantes: La luz de la fe en Dios nos remite al hombre, y la luz de la razón y la inclinación del corazón nos orientan a Dios. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, de modo que podemos ir del original a la imagen y de la imagen al original. Porque están íntimamente unidos Dios y el hom-

¹⁵ Cf. Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, Madrid 2005, pp. 95-97.

¹⁶ *Novo millennio ineunte*, 43.

bre, deben estar unidos en nuestra misión; y esta conexión es muy importante en la cultura actual que tiende a centrarse en el hombre, y a verificar el sentido del discurso sobre Dios por el servicio prestado a las personas. San Agustín, recordando los dos mandamientos en que se resumen la Ley de Dios y los Profetas, a saber, el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. Mt 22,37-40), escribe: “El amor de Dios es lo primero que se manda, y el amor al prójimo lo primero que se debe practicar... Mas tú, que todavía no ves a Dios, amando al prójimo te harás merecedor de verle a El. El amor del prójimo limpia los ojos para ver a Dios, como dice claramente Juan: Si no amas al prójimo a quien ves, ¿cómo vas a amar a Dios a quien no ves? (1 Jn 4,20)... Ama, pues, al prójimo e intuye en ti el principio de ese amor del prójimo, y en él verás a Dios en la medida que puedas. Comienza, pues, por el amor al prójimo. Parte tu pan con el que tiene hambre y acoge en tu casa al pobre sin techo; si ves a uno que está desnudo, vístele; y no desprecies a tu hermano (Is 58,7). ¿Qué consigues si haces esto? Entonces tu luz nacerá como la aurora (Is 58,8). Tu luz es tu Dios, pero para ti es luz matutina, porque sucede a la noche de este siglo”¹⁷. A Dios, a quien “nadie ha visto jamás” (Jn 1,18), podemos poco a poco descubrirlo en el amor a los hermanos, que son imagen e icono del mismo Dios. El amor de los hombres visibles nos lleva al amor del Dios invisible. Para contemplar a Dios en el cielo y quedarnos con El para siempre, debemos ayudar a los hermanos con quienes caminamos en la historia. Si alguien presumiera irresponsablemente de no creer en Dios, no estaría fuera de lugar preguntarle: Y ¿qué haces por los hermanos que a tu lado pasan necesidad?¹⁸.

El amor cristiano y la unidad de los discípulos de Jesús son evangelizadores; son anuncio encarnado que remite a Jesucristo y al Padre que lo envió (cf. Jn 13,35; 14,21; 17,21). Dios y el hombre son misterios en comunicación, porque el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y porque Jesús es el Hijo de Dios encarnado que revela el hombre al propio hombre¹⁹.

¿Cómo debe realizar el sacerdote su ministerio y su vida en el marco de la Iglesia y de la sociedad de nuestro tiempo? Responder a esta pregunta de inmensa envergadura

¹⁷ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 17,8.

¹⁸ “Mientras hablemos bien de Dios hablaremos bien del hombre a la vez que mientras hablemos, con todo realismo y hasta el fondo, del hombre, encontraremos a Dios. El hombre tiene que buscarse a sí mismo en Dios y a Dios en el fondo de su ser y en la faz de su hermano” (O. González de Cardedal, a.c.p. 526)

¹⁹ Cf. *Gaudium et spes*, 22.

constituye un desafío impresionante para todos nosotros. Al sacerdote se pide hoy anunciar con palabras y obras a Dios, cuya ausencia el hombre actual padece y a veces incluso promueve. En relación con Dios las personas están con mucha frecuencia al mismo tiempo famélicas e inapetentes; y no es fácil suscitar las ganas de comer en un anoréxico. En otras situaciones históricas el ambiente era en general religioso; pero actualmente en nuestras latitudes no podemos reconocer ya sin más esta impregnación. El sacerdote, además, en el desarrollo de su misión está remitido al servicio del hombre, pero sin recortar el conjunto de sus necesidades bajo el influjo de una creciente “secularización de la salvación”. Son retos fundamentales ante los que está emplazado el ministerio sacerdotal, cuya respuesta debemos intentar uniendo perspectivas y experiencias de todos; no es fácil ni concretar las actuaciones ni llevarlas a cabo. Es comprensible que en esta situación estemos invitados a subrayar particularmente el primado de la gracia de Dios y el carácter prioritario de la oración apostólica.